

Un mundo post-pandemia no sacrificial visto desde los órdenes de lo social

Agustín R. Vázquez García¹

PARA MESA 162

Viejos y nuevos interrogantes: repensando las relaciones económicas entre Estados, mercados, instituciones y agentes a partir de la pandemia en América Latina (ET: Pandemia)

Introducción

La configuración de un mundo post-pandemia sin más sacrificio sobre la humanidad, resulta urgente, necesario, aunque debe decirse, que se trata de un propósito cuyo alcance encuentra un enorme obstáculo en la hegemonía imperante del poder político y económico.

Hegemonía que despliega una política económica de intervención en la crisis, la cual impide reformas profundas sobre la interrelación que guardan los distintos órdenes que constituyen lo social, donde destaca la predominancia de la metanecesidad intrínseca al capitalismo, aquella que guía la dinámica histórica por la acumulación de más capital, lograda ajustando el tiempo de la política y de los ecosistemas a tal propósito, sin importar si eso reporta destrucción y muerte de vidas humanas y no humanas.

El saber de los economistas excluye de su tratamiento esa destrucción, al clasificar los fenómenos que suscita como exógenos al orden de la economía capitalista. Incluso, la gran crisis financiera del 2008 surgida de los centros financieros mundiales, fue tratada de esa manera, a pesar de su evidente manifestación en la creación de instrumentos financieros, ya que no suscitó reformas de gran calado al interior del campo de la economía, manteniéndose la jerarquía de interrelación de los órdenes de lo social.

Esta postura persiste en el escenario de la crisis provocada por una pandemia global, donde el remedio a corto plazo de la crisis sanitaria, consistente en la vacunación masiva, es imposible por la institucionalidad (propiedad intelectual, guerra de mercado) que soporta la metanecesidad del capital, y el retorno a la normalidad signada por la dinámica pre-pandemia.

Este documento, dividido en cuatro secciones, contiene una argumentación que primero plantea la idea del sacrificio como resultado del sistema económico, pasando a mostrar que un resultado nodal del neoliberalismo, a saber: la concentración de la estructura productiva, perfila una intervención gubernamental sobre la crisis que sacrifica las condiciones de vida de la mayoría de la población. Recuperar la interrelación entre los órdenes como fuente de comprensión de lo social, alumbra

¹ Profesor/Investigador. Departamento Producción Económica, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco. Mail: avazquez@correo.xoc.mx

términos de reforma socioeconómica y socio-ecológica, que atraen la memoria histórica como accionar del presente en aras de un futuro distinto al marcado por la repetición del capitalismo neoliberal. Este es el propósito de la tercera sección. El documento cierra con algunas reflexiones finales.

1.- El capitalismo y el sacrificio

Algunos de los exponentes más radicales del liberalismo, suelen considerar que toda intervención estatal en aras de proteger a la población, suscita una relación de dependencia de la sociedad civil hacia la figura del Estado, creando una relación paternalista que impide el abandono de la infancia por parte de la sociedad civil (Kornai,1992).

Esa representación metafórica, ha sido a su vez, una fuente de presentación de la experiencia de la libertad de la humanidad, en la que su ejercicio se expresa cuando se somete a la competencia del mercado, y a la obtención de la reproducción vía la aprobación y sanción de las reglas propias del intercambio mercantil.

Semejante idea que fungió para organizar el rol del mercado en el orden social a principios de la década de los ochenta en gran parte del mundo, suscitó una liberalización financiera donde la acumulación de capital se reproduce también acumulando deudas privadas y públicas.

Tal ha sido la transformación, que en algunos países y en algunos momentos del tiempo, el ingreso salarial resulta proporcionado por el préstamo bancario que se vuelve un sustituto de la tradicional compensación que recibe el trabajador por su participación en alguna de las fases de creación de la riqueza, y esto ha conducido a la reducción de la participación relativa de la masa salarial en el ingreso global de la economía, al mismo tiempo que suscita una forma de integración individualizada que desplaza la vía de lucha sindical, reduciendo la ciudadanía activa y aumentando el sacrificio ciudadano, como dice como dice Brown (2017).

Esta forma de integración social vía el acceso al sistema financiero, sin duda acrecienta al mercado financiero, que para desempeñar esa función social requiere bases institucionales que legalicen la ampliación de su capacidad de extracción del stock y flujo monetario. Por eso atestiguamos la permanente expansión del sistema financiero en las condiciones de reproducción de la sociedad, al mismo tiempo, que resultan de ese sector los indicadores principales de la condición de salud del funcionamiento de la economía, como el grado de endeudamiento de gobiernos, empresas y hogares, hasta la inflación de activos financieros que anticipa la intervención gubernamental ante el inminente desinfe que conduce al incremento de la deuda pública, y, cuyo tratamiento ha estado acompañado de aquello que Brown (2017) denomina el “sacrificio compartido”.

Esto que resulta un remedio que conjura la violencia en los términos de la antropología de Girard, es logrado despolitizando la economía (Brown, 2017) y socavando las condiciones de vida de las mayorías (Alonso y Fernández, 2013; Brown, 2017; Mendoza, 2020).

Ahora con la pandemia que exhibe la desigualdad social y económica del neoliberalismo, opera un proceso en esa misma dirección. El punto de partida para sostener tal sentencia, es asumir que el origen del virus y la pandemia que acarrea, es identificado como un suceso concebido como un súper choque exógeno. Esta es la postura del FMI (Gopinath, 2020; Gopinath citado en Villanueva, 2020).

Esto hace pensar que se saldrá de esta coyuntura por la vía de la plasticidad de las finanzas, demostrada igualmente en la crisis del 2008/2009, desactivando aquellas preguntas que suscitan recuperar el control del Estado sobre las finanzas, y que sin duda de nueva cuenta están presentes (Val y Navarro, 2020).

No resulta sorprendente si se piensa que el saber de la economía que inspira la política económica está soportado por un paradigma dominante que suele presentar el equilibrio como la regla, y a la crisis y al desequilibrio como una excepción, cuya aparición es interpretada como causa de fenómenos que se encuentran por fuera del funcionamiento del orden económico, o por desviaciones del comportamiento racional de los individuos (Boyer, 2015).

Esa postura, a pesar de la elegancia de los modelos matemáticos que soportan la presentación de ideas económicas, reposa en una cosmología donde el origen del ciclo económico presupone una estructura productiva pre-industrial. El ciclo resulta del ciclo de la naturaleza que causa movimientos de precios y cantidades que se forman en el mercado, y donde las creencias de los agentes sobre el ciclo natural determinan las decisiones de mercado (Mirowski, 1984).

Seguir sosteniendo esto en la actualidad, resulta infiel a la estructura económica que organiza la producción, distribución y consumo de bienes y servicios, y, sobre todo, es un atentado contra la ciencia misma que arroja hallazgos irrefutables sobre la contaminación ambiental y la actividad económica, las enfermedades crónico-degenerativas y la fase expansiva del ciclo económico (Tapia-Granados, 2011), así como la transición hacia el capitalismo como sacrificio de vidas humanas, tal como ocurrió en ex países del bloque socialista (Stuckler y Basu, 2013), aunado a una gama de ejemplos que expresan el fenómeno de la contraproduktividad que el sistema capitalista genera en la vida cotidiana (Beck, 2019).

Sin embargo, la consecuencia de no pensar en esa causalidad social, y otras como la violencia doméstica, el ascenso de la tasa de crímenes, exime de toda responsabilidad al orden económico capitalista de los efectos que provoca en los demás órdenes

constituyentes de lo social: político-ambiental-doméstico. Esto es logrado si se piensa que hay una delimitación estricta entre lo endógeno del orden económico, y aquello que es exógeno.

Esa cosmología que produce una ideología sobre la estabilidad macroeconómica con un carácter pre-científico que acompaña a los modelos Leijonhufvud (2000), implica mantener fuera de la discusión pública, las condiciones de continuidad del circuito de la mercancía y de la deuda privada-pública, y las respuestas de intervención gubernamental cuando ocurren las crisis económicas, o las coyunturas abiertas por fenómenos como el cambio climático global, y la pandemia registrada ahora por el virus COVID-19, que sin duda tienen como denominador común, actos sacrificiales para vastos segmentos de la población.

Ahí está el antecedente de la crisis del llamado populismo Latinoamericano a principios de la década de los ochenta que la hegemonía neoliberal impuso en una economía política de la austeridad. En fecha más próxima, la crisis del 2008/2009 que en los países desarrollados desmanteló ámbitos de protección de la reproducción social, des-reconociendo la mortalidad de la especie humana; su fragilidad ante las contingencias provocadas por las propias fluctuaciones que provoca el mercado, negando *la deuda social* como lo define Théret (2006; 1999), exhiben que lo prioritario es garantizar la infinitud del funcionamiento del sistema capitalista en los términos vigentes.

Si bien en aquella primera de las crisis mencionadas regía un principio keynesiano en el manejo de la política económica que era necesario remover, y en la segunda, la conducción ya corresponde a la financiarización que es la marca del neoliberalismo, ambas son causadas, según la cosmología que subyace en el paradigma dominante, como externas al funcionamiento de las leyes del capitalismo. La causa se atribuye a un gobierno populista sin límites que desplaza del manejo de la economía la decisión de asignación de los recursos proveniente de la esfera privada; o por una desmesurada acción, y equívoca regulación de los mercados, aprovechada por ciertos actores del sistema financiero.

Así que colocarse desde un planteamiento que asume causas y efectos entre los distintos órdenes de manera bidireccional, hace surgir interrogantes críticas sobre la economía en la sociedad, como resulta de manera diáfana del análisis de Kapp (1976), realizado hace varias décadas, quien parte de asumir que la economía es un sistema abierto, lo cual coloca en la misma posición del análisis, a los costos sociales que acarrearán las decisiones y actividades de las unidades productivas capitalistas, estando presente en las decisiones la destrucción de las condiciones generales del medio ambiente.

Esta causalidad también puede exponerse a través de la predominancia del tiempo que surge de la dinámica de funcionamiento del circuito del capitalismo sobre el tiempo de los ecosistemas (Stahler, 1999), y, que no resulta captado por la conceptualización del tiempo que se encuentra en los modelos del paradigma dominante en economía, negando así una formulación histórica de la economía, debido a la noción mecánica negando el carácter complejo y evolutivo, como lo expone Louca (1997).

Es por eso que la relación entre el crecimiento económico y las fluctuaciones que generan el ciclo están disociadas, y, sobre todo, los problemas más apremiantes a los que la humanidad se enfrenta en la actualidad, no están en cuanto a su resolución programática, atravesados por la transformación del funcionamiento del campo económico, ya que de visualizarse la urgencia de ello, implica el abandono de la separación entre variables exógenas y endógenas, que resulta posible si se piensa que los fenómenos económicos resultan estrictamente de causas económicas.

Si bien un autor como Walzer (1994) plantea una visión normativa en la que la igualdad compleja, no simple, es el resultado de mantener esferas separadas, reproducidas cada una a partir de un valor intrínseco, que no debe ser transportable a otras esferas, porque de ocurrir se anticipa la tiranía del dinero, eso es justo lo que el neoliberalismo ha provocado.

La expansión del mercado capitalista parece desbocada. De ahí la crisis del orden político ventilada en discursos sobre la corrupción de la clase política corrompida por el poder económico de grandes corporaciones, pero también propuestas de resolución a lo ecológico donde la causa de esa crisis, la metanecesidad del dinero capital, resulta convocada bajo el paraguas de capitalismo “ecológico”, economía “verde”, “economía circular”.

En otra argumentación, pero con semejante desenlace, resulta paradójico que el síndrome del ablandamiento de la restricción presupuestaria, que hizo fenecer al socialismo realmente existente, según la interpretación de Kornai (1992), retomada por Vernery desde una lectura antropológica (2017), se reconoce que está presente en la fase neoliberal del capitalismo. Lo dice el propio Kornai (2009) en un artículo publicado a raíz de la crisis del 2008, viniendo a confirmar aquella trayectoria de intervención gubernamental sobre empresas industriales, y, sobre todo, financieras, que han resultado rescatadas a lo largo de cuarenta años de neoliberalismo.

Sin embargo, no se trata de ubicar el problema en la ineficiencia, ahora en el capitalismo, sino que al igual que en el socialismo, el ablandamiento de la restricción presupuestaria no resultaba para la clase trabajadora (Vahabi, 2012), y en el capitalismo, opera para rescatar a las grandes empresas donde el ajuste de cifras y

saldos, recae en las condiciones de vida de la población trabajadora, donde se combina la represión salarial y la anulación de derechos sociales que reconocen la mortalidad del ser humano; su fragilidad ante las contingencias del universo social.

En ese sentido, la anulación de los derechos como medida necesaria para alcanzar equilibrios macroeconómicos convertidos en fuente de estabilidad y productores de confianza para la inversión capitalista, mantienen la continuidad del sistema a partir del desmantelamiento de la cobertura social.

Aquella mortalidad que es inherente a la condición humana, en los países Latinoamericanos no resulta enfrentada con instituciones que abarquen todas las dimensiones humanas, ni reconoce a todas y todos los miembros de la sociedad. La mayoría dentro de la mayoría que constituye la clase trabajadora, carece de protección social. Lo cual expone a la población en dinámicas de intercambio en franca asimetría, y donde el valor dominado por la hegemonía capitalista, compensa a la baja los procesos de trabajo del sector popular (Giraldo, 2017), exponiendo a esa población a la explotación financiera, como lo dicen Roig y Gago en Chena y Buscay (2019).

La mundialización que desplazó la soberanía nacional del manejo de la esfera económica a través de aquellos instrumentos -política fiscal y monetaria y comercial- que forman parte del Estado-nación, pasando de servir a la formación de un espacio productivo nacional durante el periodo conocido keynesiano, a producir austeridad en la reproducción social del individuo, desde el ascenso del neoliberalismo.

Este hecho interpretado como adelgazamiento del Estado, una vez debilitada la incidencia de esa entidad en las condiciones de reproducción social, fortalece a la sociedad civil; y será aplaudido por el pensamiento liberal, aunque se trata de la expresión privada de la sociedad civil; y no así la promoción de la esfera pública, que incluso autores de esa misma doctrina advertían a principios de los ochenta como una vía de empobrecimiento de la libertad al dejar sin límites la expansión de la esfera del mercado. (Walzer: 1996)

Expansión que ha generado una estructura económica de alta concentración, que además incide en los demás elementos del orden social: la política y el medio ambiente, creando una crisis múltiple, y que lleva al desfiladero a la humanidad en su conjunto.

Esto en términos de la formación de la nación mexicana, en la lectura que hace de ella el premio Nobel de Literatura, Octavio Paz, a través de la relación de su obra: *El laberinto de la soledad* con el liberalismo, el poeta se interroga si debe aprender el

liberalismo del zapatismo². Él mismo responde: debería; aunque dudo que eso ocurra. (Tajonar, 1984)

Para Paz, los liberales en aras de modernizar a México, han tratado de establecer en la historia de México una “utopía” porque las ideas centrales de esa doctrina resultan ajenas al orden orgánico de nuestra historia. Son ideas importadas de otras latitudes del orbe, en particular de Francia y Estados Unidos, y han sido utilizadas como faro en distintos momentos de la historia de México: la Reforma, y en cierta medida, durante el periodo de construcción del México Postrevolucionario.

En línea con Carlos III, Benito Juárez, pasando por el autoritarismo liberal -así define los años de gobierno del dictador Porfirio Díaz-, hasta llegar a Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón, Octavio Paz nos dice que ese liberalismo ha sido fuente importante de la construcción del orden social, aunque negando y promoviendo el entierro de aquella otra vertiente relacionada con nuestra historia orgánica que el zapatismo encarna: el de los pueblos.

Ese liberalismo, que ahora resulta estar incorporado en la doctrina del neoliberalismo, desde la década de los ochenta permea gran parte de los países que integran el orden internacional, posicionando como institución única de las relaciones sociales al mercado; como cemento de la regulación de la sociedad.

Retomando la pregunta planteada por Paz, a la luz de la actual crisis provocada por un virus convertido en pandemia (Covid-19), el cual ha colapsado la escala del mercado de factores, bienes y servicios, resulta fundamental responder si el zapatismo – y las visiones sacrificadas en distintos momentos de la historia y en distintos países- resultan actuales, ya no sólo al interior del Estado nacional mexicano, sino a nivel mundial, ya que la esfera de la producción, de la distribución y del consumo, el circuito económico en su conjunto, desde hace al menos cuarenta años opera a través de la apertura comercial y financiera sin límites; logrando de esa manera universalizar al mercado, visto como instancia de regulación de la sociedad mundializada, ha vehiculado la resolución de los grandes problemas por fuera de todo nacionalismo.

La alternativa, surgida de manera especular, conlleva a explorar la forma de la historia anti-centralista y anti-autoritaria, dos características, a juicio de Paz, que representan el aporte del zapatismo a la historia universal; al que habría que agregar también mencionar el proceso de anulación de la mercancía. Esto resulta paradójico, ya que esa visión calificada por los liberales mexicanos como contra-modernizante, pre-moderna, anarquista, anti-civilizatoria, perfila un trazo, como diría Moreiras (2005), a

² Se refiere a la revolución zapatista del periodo revolucionario 1910-1920, cuya influencia atraviesa distintos momentos de la historia agraria y rural del México postrevolucionario, y llega hasta el neozapatismo surgido en 1994 en Chiapas, México.

propósito de María Zambrano, pensadora española exiliada, que diviniza a la humanidad, y no al sistema, y que en los términos de la sociología sagrada a la que está vinculado la obra de Paz, como es interpretada por Kozlarek (2014), la recuperación del presente resulta fundamental para cambiar el futuro, signado ahora por la financiarización.

2.- La estructura formada en el neoliberalismo

2.1.- La globalización neoliberal como producción de concentración

El capitalismo ha transitado por diferentes épocas para quienes practican ciencias sociales con sentido histórico y comparativo. En esa dirección se encuentra la identificación del capitalismo a principios de la década de los ochenta del siglo pasado con la denominación régimen (neo) liberal.

El antecedente de la nueva época se encuentra en aquel golpe de Estado ocurrido en Chile, cuyo pueblo, además de la violencia física desplegada por la dictadura, vivió y vive un campo de reproducción material como prolongación de aquella violencia. Esa doctrina del shock como la define Naomi Klein, se fue extendiendo al resto del mundo desde la década de los ochenta; aunque con diferentes grados de intensidad al tipo "ideal" neoliberal, señalando la historiografía del capital para el caso de Inglaterra al gobierno de Thatcher, y Reagan en Estados Unidos, como el punto de inflexión del cambio estructural.

La historia del pensamiento contemporánea, reporta una profunda mutación conceptual al interior de la doctrina del liberalismo, con la reformulación radical que hacen los economistas y juristas de la escuela de Chicago alrededor de el mercado, el desempleo, las fuentes del crecimiento económico, y el sujeto constituido, como aspiración a razonar como capital humano. (Foucault, 2007)

Un aspecto nodal de ese cambio estructural, es el rol conferido a la figura política de la modernidad: el Estado; entidad que promueve el territorio nacional para garantizar las mejores condiciones de rentabilidad de las empresas capitalistas, proyectando una globalización donde los estados nacionales se encuentran en permanente competencia. (Hirsch, 2001)

Tal competencia ha intensificado los flujos de capitales en su dimensión real y financiera, desplazando la intervención del Estado-nación en los términos de la política económica fordista/keynesiana; reposicionando aquella concepción que presenta las leyes del mercado, libre de interferencias del Estado y de las corporaciones sindicales, con fuerzas endógenas suficientes para corregir desequilibrios en cualquiera de los mercados.

El correlato de esa figuración ha sido interpretar las crisis como resultado de fallas institucionales o fallas microeconómicas, declarando que es la insuficiente penetración

del *homo economicus* en el sustrato de la sociedad, la causa de los malos resultados del neoliberalismo; ante los raquíticos resultados de las reformas pro mercado, y las crisis frecuentes. Los adherentes a esa visión siguen declarando que se necesitan más reformas en el mismo sentido. Es decir, más mercado y menos despliegue social del gobierno.

Esa postura contiene una interpretación del origen de las crisis, cuyo efecto crucial consiste en ejercer como objetivo de la política económica socializar los costos de la intervención gubernamental ante la ocurrencia de la crisis, haciendo que la sociedad pague, eximiendo de esa responsabilidad a quien detenta el poder económico. (Foucault, 2007).

Ese poder está en el capitalismo neoliberal en la interdependencia sectorial espacial resultado de la inversión extranjera directa y los flujos de capitales, que han consolidado una esfera productiva fragmentada, donde se presenta un tipo de comercio internacional nombrado intra-industrial. (Reinert, 2012).

Nuevo tipo de comercio que explica de manera significativa que países con una elevada participación en el mercado mundial (México, cuyas exportaciones no petroleras representan casi 40% del PIB en los años recientes) no reflejen incrementos sostenidos y substanciales de la tasa de crecimiento del PIB, y sí una relación salarial signada por la subcontratación internacional (Bizberg, 2019, 2016).

Es así que los diferentes indicadores utilizados para expresar el grado de globalización de los países, adquieran un poder explicativo y significativo del incremento de la desigualdad del ingreso que se observa desde el ascenso del neoliberalismo. (Jayadev, 2007)

La nueva división internacional del trabajo que emerge al finalizar el manejo de política económica keynesiana, ha generado crecimiento de la participación del sector financiero en el PIB de las nacionales y a nivel mundial, convirtiendo dicho sector en el predominante de las condiciones de reproducción, marcando desde la lectura de la historia de los modos de regulación (Neffa en Chena y Buscay (2019), el desplazamiento de la primacía de la relación salarial que define la etapa fordista/keynesiana, por las finanzas que operan libre de las restricciones territoriales. Tal libertad comercial y financiera, no ha desembocado en el mercado de competencia perfecta, que suele ser la figura invocada en el debate de configuración de regímenes político y económicos, así como entre los sistemas sociales, y considerada la condición de maximización del bienestar de la sociedad. Por el contrario, la dimensión industrial y financiera, exhiben una significativa concentración en las grandes corporaciones, demostrada de manera empírica con el incremento del *mark up*

observado durante el periodo neoliberal, tanto en los países desarrollados como emergentes. (Díez, Leigh y Tambunlertchai, 2018).

Es así que las corporaciones propietarias de stocks (recursos naturales, acciones y bonos gubernamentales, y medios de producción en general), definen la direccionalidad del flujo de bienes y/o servicios, y del dinero, exhibiendo las decisiones que éstas toman, como un acto definitivo del curso de las condiciones de reproducción social de millones de habitantes del planeta.

Esta figuración posiciona al poder económico como determinante del ejercicio de poder que resulta desplegado en las otras esferas –no catalogadas como económicas- subordinando de esa manera el criterio de rector de cada una de las restantes esferas al código económico que controlan las corporaciones.

En ese sentido, la crisis de la política, y la crisis de la división de poderes, encuentra en ese hecho una explicación estructural, resultado de aquella transformación que la clase política promovió con el ascenso del neoliberalismo.

Este hecho genera una paradoja en relación al pensamiento liberal de los albores del capitalismo, que Hirschman (2014) interpreta al leer a ciertos autores del pensamiento económico clásico (James Steuart, por citar a uno), el mercado fue pensado como un gran proyecto político para romper los grilletes del gobierno centralizado, tutelado por el señor feudal, y fuente de mando de la vida material de las clases inferiores, a través de decretos que resultaban en la explotación directa de las clases inferiores.

Así es justificada la expansión del mercado como progreso de la humanidad, al desmontar la centralización del gobierno, surgiendo además una postura que convierte a esa instancia en fuente de pacificación entre los hombres y las naciones, ya que las pasiones de la naturaleza humana son direccionadas hacia la búsqueda de la ganancia. El hombre duelo se convierte en hombre egoísta, al mismo tiempo que se justifica el tránsito del estado de la naturaleza al estado civil, que la filosofía política liberal explica como origen de la formación del Estado.

No obstante, ese mito en los tiempos actuales no se cumple. En el orden internacional, basta reconocer el desacoplamiento entre la esfera real y monetaria/financiera que corre en paralelo a la liberalización comercial y financiera, como fuente de conflictos entre países, por los resultados en la balanza de pagos que no se corrigen vía la formación del tipo de cambio, además que las crisis financieras explicadas por los activos financieros por su carácter nómada, han aumentado la celeridad de propagación de la crisis, traspasando las fronteras nacionales, aunado a la jerarquía monetaria que subyace en el orden monetario internacional que juega contra el desarrollo de aquellos países que se encuentran en la base de la pirámide de divisas (De Conti, B., Prates D., & Plihon, D. 2014), y que en la pandemia se manifiesta la

financiarización subordinada con la depreciación significativa –veinte por ciento- de la moneda de algunos países como Brasil, México, entre otros (Val y Navarro, 2020).

Esa globalización neoliberal ha configurado una estructura concentrada en la dimensión industrial y financiera, por las características de la interdependencia sectorial y espacial que ha desplegado la operación mundial de la ley del valor, creándose choques; algunos de origen local y regional, a causa del propio desenvolvimiento del capitalismo, pero también los de escala mundial, donde la esfera financiera es origen y propagación al ser el operador principal de la reproducción ampliada del capital en la fase actual.

La globalización está montada sobre la competencia entre los estados nacionales, subordinados al código del capital, y, al mismo tiempo, una competencia entre los capitales que ha desembocado en una interdependencia espacial jerarquizada, que nos proyecta una morfología social semejante a la visualizada por los primeros economistas en relación a la época pre-moderna. Hay una cima, ahora ocupada por las grandes corporaciones, con millares de millones de seres humanos subordinados a las condiciones definidas por esas instancias que, a su vez, mandatan a los distintos estados nacionales.

En el capitalismo neoliberal no hay un mercado que ejemplifique la nulidad del poder de influencia en los precios de los participantes. Más bien, ese tipo de mercado que la lectura histórica sitúa como antecedente del ascenso del capitalismo; si bien persiste en regiones, resulta enemigo del capitalismo. Es *contra natura* a la lógica del capital, la existencia de un mercado local/regional, transparente, donde las ganancias resultan nimias (Wallerstein, 1999).

Este tipo de mercado si sobrevive aún, se debe a la existencia de una demanda social que refleja la diversidad del gusto y otras formas de organización productiva no capitalistas, donde la concepción del valor no está definida por el tiempo de trabajo socialmente necesario, donde lo social no está definido por la lógica del capital, sino por procesos de trabajo campesinos y de pueblos originarios, en los que ese consumo recrea dichas identidades que por supuesto son dinámicas.

En algunos casos, no obstante, siguen enfrentándose a los capitalistas que convierten esos productos en mercancías cuando arriban a las grandes urbes del mundo a través de las cadenas de comercialización, resguardadas por marcos institucionales que bloquean el acceso directo de los productores a la red de comercialización, creando un muro en el mercado, con la consecuencia de tener productores directos pobres y capital comercial rico.

Esta figuración del mercado en la fase neoliberal del capitalismo, arroja un mercado concentrado en la producción, en la comercialización y distribución, y con millones de

consumidores que arriban regularmente en condiciones atomizadas, y trabajadores cuyo poder analizado en términos cuantitativos por el número de huelgas estalladas y la evolución de la participación salarial, nos muestra el peso actual del capital, y también la inestabilidad que genera su desenvolvimiento si resulta comparado al periodo previo signado por el modo de regulación fordista/keynesiano.

La conjunción de ambas dimensiones del capital –real y financiera- ha propiciado un sistema internacional en el que las bazas del Estado-nación resultan limitadas en alcance para delinear de manera irrestricta la conducción de la política económica. Esto es considerado por los promotores de esa política económica, como una fuente de estabilidad económica, ya que, la anulación del manejo estatal de la esfera económica, pero sobre todo el mercado con sus leyes que gestan fuerzas endógenas, resultan suficientes para atajar los desequilibrios.

Sin embargo, un nuevo reto se ha generado con la pérdida de lo que algunos llaman la soberanía nacional, a saber: el creciente grado de interdependencia sectorial volcado también en la dimensión espacial. Durante el neoliberalismo se ha incrementado la interdependencia entre los sectores productivos, y también del sector financiero. Se han formado nexos más allá del ámbito territorial de lo nacional, adquiriendo la producción, el financiamiento, y el precio de las mercancías, una dimensión transnacional.

Así como espejo, tanto el sector real como financiero, vistos con los lentes de la organización industrial, arrojan una significativa concentración, y con ello de las decisiones, proyectándose la creación y asignación de los recursos desde las grandes corporaciones. La concentración en el abasto de una gran cantidad de bienes y servicios, así como el globalizado flujo financiero, reposan en esas corporaciones. Adquieren relevancia substancial en la reproducción económica, por su condición de propietarios de stocks, y por decidir el canal del flujo de bienes y servicios y dinero, comandando así, de manera directa e indirecta, la reproducción económica de millones de habitantes del planeta.

Es sobre esa estructura en que la participa con derechos y sin derechos la población, y su respectiva división de clases sociales, que recibe los choques y las crisis surgidas por el propio funcionamiento de la economía.

2.2.- El autoritarismo que no dice su nombre: el tratamiento del ciclo en la globalización neoliberal

El ciclo económico en el siglo XIX, debe su principal conceptualización a la obra del renombrado economista Jean Baptiste Say, considerado el padre de una ley que inspira la norma de política económica que dice así: “dejar hacer, dejar pasar”. La implicación de esa sentencia es reducir al mínimo la intervención gubernamental sobre

el campo económico, desembocando en la concepción de exhibir al sistema económico con enorme capacidad para recuperarse cuando se suscitan choques. (Mirowski, 1984)

Al interior de esa matriz de pensamiento, los choques resultan interpretados como provenientes del exterior. Los inesperados cambios en los ciclos de la naturaleza que tienen efectos sobre las cantidades de producción de las cosechas, o aquella figuración de la observancia en el cielo de “manchas solares” que inciden en la formación de las expectativas de los agentes, acarreado cambios en la oferta de cultivos básicos, presuponen estabilidad al interior del funcionamiento del sistema económico. (*Ibid*, 1984)

Si el sistema económico resulta alterado, se debe a la presencia de causas externas al campo económico, las cuales serán resueltas por la variación de los precios que regulan el desequilibrio de los mercados, concibiendo de esa manera la presencia de los choques como un suceso transitorio.

Esa figuración de los precios, como variable de asignación eficiente de los recursos, y fuente de estabilidad, legitima la norma de expansión del mercado, y posiciona a un mecanismo impersonal como expresión de la distribución del poder entre los miembros de la sociedad. El mercado sustituye la presencia del gobierno como entidad de asignación y distribución, contribuyendo -se piensa- a la libertad individual.

Los clásicos del capitalismo destacaron que la interdependencia sectorial que se suscita con la expansión del mercado, encadena las acciones de un productor a las acciones de otro productor, y así con otros semejantes que operan en una misma rama de la estructura productiva, quienes a su vez están relacionados con acciones de productores clasificados en otra rama, arrojando una figuración de la estructura económica como cluster. (Persky, 2018)

La expansión del mercado conlleva a la especialización, surgiendo una causalidad circular entre el mercado y la esfera de la producción, que propulsa incrementos de la productividad, desembocando por el lado del comprador, en bienes con un precio acorde a los costos de la producción. Por ende, la expansión del mercado como causa y efecto de la división del trabajo, trae consigo la creciente capacidad de generación de riqueza, y al mismo tiempo, involucra multiplicidad de unidades de producción en la generación de riqueza, con el añadido que nos hace ver que la acción egoísta inintencionalmente deriva en bienestar colectivo.

Sin embargo, el clásico-anticlásico Marx, explicó que ese proceso puede dar lugar a procesos de destrucción, ya que la competencia, sustrato de la dinámica de generación de riqueza en el capitalismo, desplaza la única fuente de creación de

nuevo valor: la fuerza de trabajo, anticipando como tendencia de largo plazo, el descenso de la tasa de ganancia que deriva en la crisis.

Mientras los autores clásicos criticados por Marx sólo miran en el origen de la crisis la interrupción del flujo de mercancías a nivel intersectorial; es decir, la parálisis de la producción al interior de una rama, dado que hay interdependencia sectorial, conduciendo al conjunto de ramas al colapso de la escala de la producción, desde la crítica de Marx, la realización del ciclo del capital global genera una segmentación de acceso a la riqueza, ya que la explotación coloca a los productores directos en la condición de pauperización absoluta y relativa, configurándose la jerarquía de clases sociales, sin olvidar que un segmento de trabajadores son arrojados al exterior de ese campo social, creando una especie de “ejército de reserva industrial”, hasta permanecer en la lectura de José Núñez, como “masa marginal” por el profundo alcance de la innovación tecnológica.

Visto desde la morfología social, Leopold Kohr (1957), en la década de los cincuenta del siglo pasado, añade al problema de la crisis, y de su resolución, la existencia de un hecho que denomina gigantismo; en principio de las naciones, pero que también resulta válido para exponer el alcance del mercado capitalista. Para él, la causa de las guerras entre las naciones debe sobre todo a la búsqueda de ampliar los límites territoriales. Pero también desde el campo de la economía, piensa que la permanente acumulación de capital desemboca en la concentración de la propiedad de medios de producción.

Siguiendo ese razonamiento, el ciclo económico del siglo XX resulta de gran tamaño, implicándose que la intervención gubernamental, además de requerir enormes recursos para estabilizar a la economía, conlleva a la cooperación entre las naciones para su resolución, medida complicada de realizar si hay unidades territoriales con distinto peso en el orden internacional.

Esta idea que fue presentada en aquella fase de la historia de la humanidad donde prevalecía la intervención gubernamental estilo keynesiana; anticipa que es cada vez menos efectiva debido al crecimiento de la dimensión del campo económico regido por la acumulación de capital, y también por el aumento del tamaño de las naciones.

Este planteamiento resulta relevante, ya que el tránsito de la internacionalización a la globalización neoliberal, ha implicado que la estructura productiva y financiera exhiba una alta concentración con un grado de interdependencia global.

La implicación para la política de intervención gubernamental, con cierta ironía de la historia, el fundamento de análisis más aceptado en Occidente para explicar el fracaso del socialismo: el “ablandamiento de la restricción presupuestaria”, que implica la no quiebra de las empresas ineficientes, y que hicieron que el riesgo del funcionamiento

del sistema recayera exclusivamente en el Estado socialista (Verdery, 2017), ahora está presente en el capitalismo neoliberal con esa forma de gigantismo representada por el dominio de las empresas.

Resulta que el tamaño de las corporaciones es una baza estratégica ya que, en momentos de choques, los gobiernos están obligados a rescatarlas, en aras de evitar el desabasto y la escasez de bienes en los anaqueles de los centros comerciales, y la falta de liquidez en el sistema de pagos; esgrimiendo de paso que con ese rescate se defienden los empleos. Los rescates que han ocurrido durante el capitalismo neoliberal, no deben ser interpretados como actos exclusivos de ideologías de ciertos gobiernos. Se trata de una condición estructural que ha sido el resultado de la globalización neoliberal, haciendo que la intervención gubernamental, si bien parece keynesiana al activar la expansión del gasto gubernamental, el canal de inyección es dirigido hacia los principales nodos de la red mundial ocupados por las corporaciones. Por eso destacan las corporaciones financieras en ese rescate, cuya conexión con las de índole industrial vía el sistema de pago, obliga a inyectar liquidez a los bancos para evitar la interrupción del sistema de pagos para incidir de manera directa en las decisiones de las empresas productoras de mercancías. El síndrome del “ablandamiento de la restricción presupuestaria” (Kornai: 2009), es también parte del funcionamiento regular del sistema capitalista, con la consecuencia que el riesgo recae en el Estado capitalista, pero también en los contribuyentes fiscales, y en las futuras generaciones, quienes habrán de pagar por esos rescates.

Ese tipo de intervención gubernamental provee un nuevo significado a la política fiscal y monetaria, ahora configurada y articulada al sostenimiento de las gigantes empresas. De manera automática, resulta inminente rescatar a quienes soportan el funcionamiento de la estructura productiva y financiera, y proveen el flujo de dinero para la reproducción de los hogares de asalariados.

Conscientes de la importancia que representan para el sistema en su conjunto, las corporaciones toman decisiones arriesgadas en materia de financiamiento y producción que conlleva a conductas de riesgo moral, que explican en parte el aumento de la frecuencia de la crisis. (Kornai: 2009).

No obstante, ese gigantismo formado en el capitalismo neoliberal, no ha conducido a la reducción del tamaño de esas empresas, ni del sector real ni del financiero. Los economistas Ioannu *et al* (2009) demuestran la permanencia de concentración en el sistema financiero mundial, a pesar del costo del rescate al sistema financiero efectuado durante la crisis del 2008/2009.

Desde la vertiente de los estudios legales, ese hecho ha sido interpretado como la inoperancia de ley antitrust, cuyo objetivo de limitar el tamaño de las empresas, idea

que se remonta al jurista Brandeis para el caso de los Estados Unidos a principios del siglo XX, está en los tiempos que corren desactivada. (Bush: 2010).

En su lugar, impera el criterio de eficiencia aplicado por organismos de regulación sectorial, descentralizados y autónomos al poder ejecutivo, los cuales son guiados por la maximización del excedente del consumidor, evitando el posible uso de poder en la fijación de precios por parte de las grandes empresas, siendo el faro de la regulación el precio sombra de la competencia perfecta.

Sin entrar a cuestionar la efectividad o no de ese principio de regulación de la competencia, destacamos que esa regulación no conjura los choques de la economía; no conjura las crisis; ni es una medida que contribuye a evitar el rescate a las grandes empresas, conservándose el gigantismo de las empresas como paisaje de la reproducción social en su conjunto.

Así que evitar el colapso del abasto de bienes y servicios, inyectando liquidez a esas empresas, y también al sistema financiero cuando el choque surge ahí, activa como piloto automático la intervención gubernamental en aras del rescate de las grandes empresas. La principal implicación de esa lógica, parafraseando a Kohr: “es que la humanidad, sólo vive para alimentar ese gigantismo”.

Ese hecho profundiza la austeridad, ya que socializa los costos, en principio recayendo en las finanzas del Estado, para después recaer en los contribuyentes, que se refleja en un sector de salud pública que presenta excesos de demanda por falta de personal y/o infraestructura, ante sucesos como la actual pandemia, y donde la infraestructura del sector privado que se rige por la generación de ganancias, no bascula aquella escasez.

Esto mismo se refleja en la evolución del gasto público como proporción del PIB en rubros como la educación, la seguridad social, y la vivienda, aspectos que posicionan la política social como tratamiento de la pobreza, sin que esa formulación conlleve a la supresión definitiva de esa condición.

Si en el siglo XIX, la vertiente dominante considera que la intervención gubernamental para deshacer el ciclo es innecesaria, esa misma tradición no lo piensa así ahora, pero actúa subordinada a la condición estructural del libre mercado que en la fase neoliberal ha conducido a la alta concentración de la actividad económica en las grandes corporaciones, procurando que la inyección de dinero comience su propagación al interior de esas unidades productivas, convirtiendo al dinero público inyectado al sector privado, en una expresión de la privatización del poder público.

La importancia adquirida por la concentración de las grandes corporaciones en el mercado mundial, y considerando que no hay una concatenación en los autores clásicos de la economía con choques epidemiológicos, obliga a redefinir el origen del

ciclo, considerado la mayoría de las veces como exógeno por la tradición dominante, y el carácter endógeno requiere referirse con otras esferas del orden social.

A continuación, se presentan fundamentos teóricos que posibilitan interpretar la conexión entre las esferas del orden social, que derivan en tratar a la pandemia como resultado de la acción del capitalismo, al mismo tiempo que el análisis indica la necesidad de generar una agenda de transición socio-ecológica y socio-económica.

3.- Interdependencia constitutiva de lo social y la destitución de la primacía de la economía.

La transición epidemiológica se caracteriza por el cambio en los patrones de mortalidad de enfermedades transmisibles a no transmisibles (Omran, 2005). Sin embargo, ahora con el COVID-19 adquiere relevancia las enfermedades transmisibles que para Everard (2020) resultan de los estilos de vida y del mercado que tienden a deteriorar los ciclos de los ecosistemas, lo que agrava los riesgos a las enfermedades zoonóticas, así como Wu *Et Al* (2017) identifican ciertos tipos de urbanización como detonantes de esas enfermedades.

Desde la perspectiva de los estudios que intersectan la teoría de sistemas y ecología (ecosistemas), la inestabilidad del sistema global en las últimas décadas, resultado de los efectos del cambio climático y, ahora la pandemia Covid-19, considerados como los factores más significativos del actual *stress* sistémico (Ramos y Hydes, 2020), se debe a juicio de Dron (2015) a la primacía en el sistema social de un subsistema uniforme: las finanzas, que opera e impone sus condiciones de funcionamiento sobre aquellos subsistemas como el biológico, que por definición es más diverso.

La expansión del mercado sobre el resto de subsistemas, conlleva a la inestabilidad global, resultado de ese proceso de homogeneización que es operado por la acción del dinero-mercancía que anula las cualidades, y, que subordina el tiempo de los ecosistemas al tiempo de la mercancía (Stahel, 1999).

Si para los primeros economistas, como lo hace saber Hirschman (2014), la expansión del mercado es un proyecto político, con el correlato de promover estabilidad, al postular enorme potencia a la variación de los precios como regulador ante el desequilibrio y las crisis, que resulta ser la postura dominante en la formulación de política económica en tiempos normales, la vertiente de estudios de los ecosistemas identifica dicha expansión del mercado como debilidad para responder a los choques, a causa de la pérdida de diversidad.

Si bien ese argumento, contraría los fundamentos de la economía dominante; sobre todo la norma de la corriente neoclásica que expone como solución a la destrucción ambiental: más mercado; o aquella solución inspirada en el economista Pigou (impuestos) que otorga incidencia al sector público, debe extenderse su uso ante ese

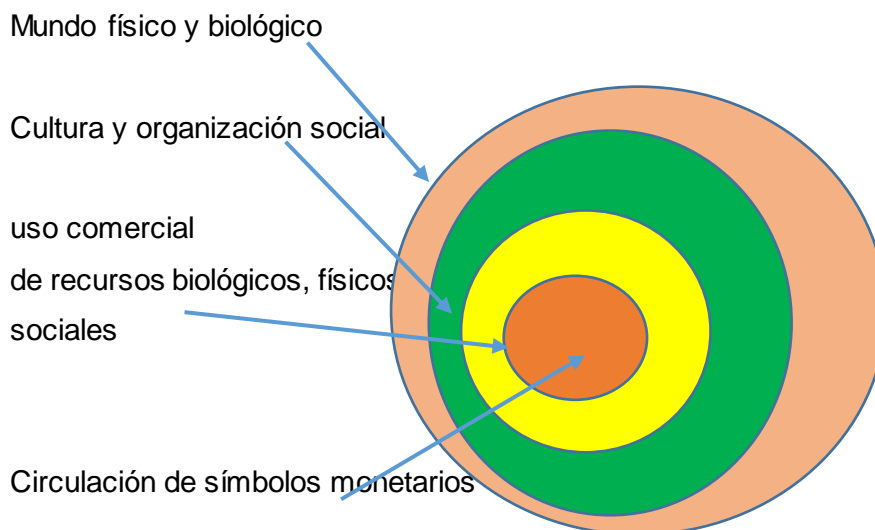
escenario que se construye alrededor de la conservación y reversión de los daños de la esfera ecológica, vía el enverdecer el circuito de la reproducción, y que trae consigo, la naturaleza como mercancía.

Más allá de esa substancial discusión, lo relevante para el propósito de este artículo, es destacar que el resultado de esta vertiente de pensamiento: el argumento de la predominancia del campo económico en la reproducción, vuelve inestable la reproducción del sistema en su conjunto, surgiendo un efecto boomerang.

En el curso del tiempo, los ecosistemas al perder diversidad, traen consecuencias en la esfera de la economía, como es visualizado por la frecuencia e intensidad de los ciclos de la naturaleza que generan efectos destructivos de la actividad económica en su conjunto, lo cual nos proyecta una causalidad circular acumulativa, en lugar de una figuración cerrada causa-efecto a cada ámbito del orden social.

La cadena causal, iniciada en la esfera de la economía que demanda insumos y recursos de los otros subsistemas, en particular del ecosistema, imponiendo el ritmo de la acumulación de capital que supera al ritmo de reposición del stock de la naturaleza, proyectan la homogenización del subsistema económico en el conjunto de la reproducción.

Gráfico 1
Conexión entre sistemas



Tomado de Dron: 2015

Esto mismo puede ser expuesto en la interrelación con la esfera cultural que deviene en la mercantilización de las expresiones culturales, caracterizada por instaurar una relación contractual entre el mecenas y el artista, convirtiendo de esa manera la creación cultural en producción de mercancía.

En ese sentido, la crisis provocada por la pandemia global Covid-19 revela el estrecho vínculo entre la salud pública y la economía. La medida del confinamiento para

mantener la vida, paraliza el funcionamiento del campo de la economía; y la economía con sus ritmos de acumulación de capital y obtención de mayores márgenes de ganancia que han propulsado la pérdida de diversidad de los ecosistemas, revelan que vivimos en una era antropogénica donde nada a la organización y acciones de los hombres resulta ajeno (Boyer, 2016).

Esa asociación tiene respaldo en hallazgos empíricos que encuentran correlaciones contra-intuitivas, como aquella que para ciertos países, exhibe que las fases de expansión del ciclo de la economía enferman a la población trabajadora, mientras durante la fase recesiva del ciclo se reduce la prevalencia de algunas enfermedades (Tapia-Granados, 2013).

Por supuesto, siempre y cuando exista protección social, ya que como lo revelan los casos de países en transición al capitalismo del ex bloque socialista, la austeridad que se impuso como hecho en la transición de sistema socio económico y político, derivó en un incremento de la mortalidad sin precedente en la historia de esos países. (Stuckler y Basu, 2013). Así, un país sin un Estado como fuente de diversidad a los movimientos de la economía, no sólo contribuye a la profundización de la recesión, elevando los costos sociales, sino también incide en la tasa de mortalidad.

No obstante, ante la pandemia, el FMI declara que estamos en presencia de un súper choque exógeno, y resulta retratado de la misma manera ese suceso en un documento de la OCDE, a pesar que el marco teórico en dicho documento reconoce la relevancia del carácter sistémico de la economía (Ramos y Hynes, 2020), reiterando la cerradura intrínseca de la ciencia económica dominante, a saber: los fenómenos económicos son explicados únicamente por causas económicas. Es así que se piensa que el Covid-19 es un fenómeno ajeno a causas del funcionamiento del campo de la economía.

Tenemos dos lecturas. Una que posiciona el carácter de causalidad acumulativa circular, y la otra que identifica este suceso epidemiológico como exógeno. Ambas desprenden fundamentos de política económica distintos. La primera posición aspira a suprimir la vulnerabilidad, mientras la segunda disminuirla con medidas activadas ex post su ocurrencia. No hay interpelación de los fundamentos de la economía política y de la política económica neoliberal, ya que el suceso epidemiológico es tratado como exógeno, eximiendo de toda responsabilidad el código que signa el funcionamiento de la esfera económica.

Cerrando el lente de observación del análisis, es decir, pasando al interior del campo de conocimiento de la salud pública, encontramos esas mismas posturas. El crecimiento de enfermedades crónico degenerativas, muy relevante en el caso mexicano, desde la posición de exogeneidad ha sido tratada recurriendo al

fundamento del paternalismo libertario, cuya intervención sólo tiene por objetivo alterar las preferencias individuales catalogadas como irracionales, ya sea porque el agente está dominado por la adicción, o porque posee poca información respecto al efecto que genera el consumo de ciertos productos (Thaler y Sunstein, 2003).

En cambio, la posición de interrelación de los órdenes con causalidad acumulativa circular, promueve como resolución del problema, la eliminación de la oferta de aquellos bienes que con fundamento científico resulten exponer la salud de la población. Esto es, prosiguiendo el ejemplo favorito del paternalismo libertario, no se trata de hacer desaparecer la sal de la mesa para desincentivar su consumo, más bien se trata de sustituir su presencia en el mercado.

Por lo tanto, si asumimos que estamos en una era antropogénica, donde el sector salud muestra gran relevancia para el funcionamiento de la economía y para la dinámica social (Boyer, 2015), posiciona la salud como un derecho humano fundamental, más aún que esta pandemia ha visibilizado los distintos grados de vulnerabilidad entre los diferentes estratos de la población, sobre todo de aquellos que participan en el sector informal (popular) que para el caso mexicano, seis de cada diez mexicanos obtienen ingresos en ese sector, careciendo de un marco jurídico de vinculación explícito con el sector salud. (Bizberg, 2019 y 2016).

En conclusión, la pérdida de diversidad inter subsistemas, la ausencia de diversidad en el mercado financiero, y entre lo político y económico que desemboca en la austeridad como fuente de reactivación de la economía cuando ésta se encuentra en un escenario de recesión con el correlato de incremento de la mortalidad, explican el surgimiento de la inestabilidad de la reproducción del sistema en varios niveles, y con distintos grados de vulnerabilidad de los estratos de la población, estando presente la posturas de noción de causalidad acumulativa circular, o exogeneidad de todos los sucesos que no sean parte del código de funcionamiento de la economía.

Si bien lo deseable es asumir en el diseño de política económica la noción de causalidad acumulativa circular, la postura de tratar al suceso como un choque exógeno por las instancias centrales de la intervención en el campo económico están recreando la experiencia del crack financiero de la década pasada, lo cual anticipa que trasladarán los costos de la crisis a causa de la pandemia hacia el Estado y las mayorías, a pesar que en apariencia resulten apoyado los hogares.

Esto es mostrado en un estudio Moos (2020) para el caso de los Estados Unidos donde se ha desplegado un montante monetario substancial, pero al analizarse el canal de inyección, y los términos condicionantes de la expansión monetaria, persiste la figuración del neoliberalismo.

4.- Conclusiones

La conceptualización sobre el origen de la pandemia importa. Los economistas hacedores de política económica posicionan la exogeneidad. La cosmología neoliberal socializa los costos de la intervención gubernamental, y diseña la política pública estilo paternalismo libertario, en ámbitos de vulnerabilidad de la población, como la salud pública; razonamiento funcional a la conservación del equilibrio de las finanzas públicas por los gastos futuros que representa la población enferma, siendo el horizonte de la política emanda de la postura de exogeneidad, construir un sistema con resiliencia; posición que conserva la estructura neoliberal, caracterizada por una estructura productiva y monetaria/financiera concentrada que confiere poder estructural a las grandes corporaciones.

Esa estructura genera inestabilidad, cuando la lógica del capital conlleva al mercado a expandirse a otros sistemas con mayor diversidad. Pero también porque el choque en una estructura interdependiente conlleva a efectos de red, direccionando la intervención del gobierno en el salvamento de los nodos de mayor importancia en la red de la esfera económica, representada por las grandes corporaciones. Así pasó en la crisis del 2008-2009, y ahora con la crisis provocada por la pandemia.

Reconocer que el origen del virus y su conversión en pandemia tiene como una de sus causas el código que hace funcionar la esfera económica, cuya morfología social en el capitalismo neoliberal dibuja el gigantismo de las corporaciones, y los flujos de bienes y dinero que involucran el consumo de energías fósiles, destruyendo ecosistemas, y con ello la pérdida de diversidad, plantea otros términos de intervención: desconcentrar la producción y el intercambio; desmercantilizar servicios como la salud; y desjerarquizar para anular la predominancia de la reproducción social del dinero-capital.

En conjunto, esto representa una transición socio-ecológica y socio-económica, donde es pensado que su ejecución está guiada por la anulación del sacrificio social y ambiental. Sin duda la utopía realmente existente ante el mundo distópico que vivimos.

Referencias bibliográficas

Alonso, L, y Fernández, C. (2013). "Debemos aplacar a los mercados: el espacio del sacrificio en la crisis financiera actual", *Vínculos de Historia*, núm. 2. pp. 97-199.

Beck, H. (2019). *Otra modernidad es posible. El pensamiento de Iván Illich*. Barcelona: Editorial Malpaso.

Bizberg, I. (2016). *Varietades de capitalismo. Los casos de Argentina, Brasil, Chile, y México*. México: COLMEX.

Bizberg, I. (2019). *Diversity of capitalism*. London: Palgrave Macmillan.

Boyer, R. (2015), L'essor du secteur de la santé annonce-t-il un modèle de développement anthropogénétique ? *Revue de la Régulation*

- Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos*. Barcelona : Editorial Malpaso.
- Bush, D. (2010). "Too big to fail: the role of antitrust in distressed industries", en *Antitrust Law Journal*, 7(1), pp. 277-312.
- Chena, P. y Buscay, P. (coord.) (2019). *El imperio de las finanzas*. Madrid: Miño y Dávila.
- De Conti, B., Prates D., & Plihon, D. (2014). A hierarquia monetária e suas implicações para as taxas de câmbio e de juros e a política económica dos países periféricos. *Economie e Sociedade*, 23(2), 341-372 [L]
[SEP]
- Díez, F., Leigh, D., y Tambunlertchai, S. (2018). "Global Market Power and its Macroeconomic Implications", IMF Working Paper, 138.
- Dron, D (2015). "Ecosystems and financial regulation ", *Veblen Instituté*, Octubre.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*, México: FCE.
- Giraldo, C. (coordinador) (2017). *Economía popular desde abajo*. Bogotá: editorial Desde Abajo.
- Gopinath, G. (2020). Limiting the economic fallout of the coronavirus with large targeted policies. En R. Baldwin & B. Weder (eds.), *Mitigating the COVID economic crisis: Act fast and do whatever it takes* (pp. 41-47). CEPR Press (Centre for Economic Policy Research).
- Graeber, D. (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hirsch, J. (2001). *Globalización, Capital y Estado*. México: Editorial Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco.
- Hirschman, A. (2014). *Las pasiones y los intereses*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ionnoi, S., Wojcik, D., y Dimsky, G (2019). "Too-Big to fail. Why Megabanks Have Not Become Smaller Since the Global Financial Crises?", *Review of Political Economy*, 31 (3). pp. 356-381.
- Jayadev, A. (2007). "Capital account openness and the labour share of income", *Cambridge Journal of Economics*, 31.
- Kapp, W. 1976 (1994). El carácter de sistema abierto de la economía y sus implicaciones. En F. Aguilera Klink, V. Alcántara (Comp.), *De la Economía Ambiental a la Economía Ecológica. Fuhem e Icaria*, pp.199-212.
- Kohr, L. (1957). *Breakdowns of nations*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Kornai, J. (2009). "The soft budget constraint and financial global crises", *Financial Times*. Consultado el 15 de agosto del 2018.
- Kornai, J. (1992). *De Marx al libre mercado*. México: Editorial Vuelta.

- Kozlarek, O. (2014). *Modernidad como conciencia del mundo*, editorial Siglo XXI y Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Leijonhufvud, A. (2000). Ideology and analysis in macroeconomics, en *Macroeconomic Instability and Coordination, Selected Essays of Axel Leijonhufvud*. London: Edward Elgar. pp. 307-331.
- Louca, F. (1997). "Time in economics: the poverty in simplicity". *Estudios de Economía*. Vo. XVI-XVII, PP. 437-454.
- Mendoza, C. (2020). "La teología decolonial en México: desde abajo y desde el reverso de la religión sacrificial", *Utopía y praxis latinoamericana*, 25(91), pp. 90-96.
- Mirowski, P. (1984). Macroeconomic Instability and the "Natural" Processes in Early Neoclassical Economics, *The Journal of Economic History*, LXIV (2), pp.345-354.
- Moos, K.A. (2020). "Coronavirus Fiscal Policy in The United States: Lesson from Feminist Political Economy", Working Paper no. 520, PERI.
- Moreiras, A. (2005). "El último dios: Zambrano y el paso de la historia". En María Zambrano: los años de Roma (1953-1964): [Congreso Internacional conmemorativo del centenario del nacimiento de María Zambrano, celebrado los días 15 y 16 de diciembre de 2004 en Roma] Francisco José Martín (aut.)
- Ochoa, R. (2009). *Muerte del Leviatán*. México: Editorial Jus.
- Palsson, G. (2001). "Relaciones humano-ambientales", en Philippe Descola y Gils Palsson (coordinadores) *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, (pp. 80-100), México: Editorial Siglo XXI.
- Persky, J. (2018), "Says's Law, Marxian Crisis Theory and The Interconnectedness of the Capitalist Economy", *Review of Political Economy*, 30(3), 2692-83.
- Ramos, G., y Hynes, W. (2020). "A systemic resilience approach to dealing with covid-19 and future shocks". Documento OCDE. Consultado 5 de junio.
- Reinert, K. A. (2012). *An introduction to international economics: new perspectives on the world economy*. England: Cambridge University Press.
- Snowdown, B (1997). "Politics and the Business Cyce", *The Political Quarterly*, pp. 255-265.
- Stahel, A. (1999). "Time contradictions of capitalism", *Capitalism, nature, socialism*, 10(1), pp. 101-132.
- Stuckler, D., y Basu, S. (2013). *Por qué la austeridad mata*. México: Editorial Taurus.
- Tajonar, H. (1984). El laberinto y el liberalismo. Conversaciones con Octavio Paz. Televisa. Visto en YouTube.
- Tapia-Granados, J. (2011). "La mejora de la salud durante las crisis económicas: un fenómeno contraintuitivo", *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, no. 113. 121-137.

Théret, B. (2006). "To have or to be: a topological approach of the interaction between State and economy", en Benjamin Coriat *Et Al* (edited), *The Hardship of Nations*, London: Edward Elgar.

Théret, B. (1999). Vers un socialisme civil? L'épreuve de la contrainte démocratique de différenciation de la société. En Chavance B, Magnin E, Motamed-Nejad R, Sapir J. (dir.), *Capitalisme et socialisme en perspective. Évolution et transformation des systèmes économiques* (43-77). Paris : La Découverte

Wu, T., Perrings, C., Kinzig, A., Collins, J.P, Minter, B.A., y Daszak, P. (2017). "Economic growth, urbanization, globalization, and the risks of emerging infectious diseases in China: A review", *Ambio*, 46, pp. 18-29.

Val, M.E. y Navarro, L. (2 de septiembre 2020). Pandemia y globalización. Algunas ideas para pensar las finanzas en el contexto actual. Revista Márgenes. www.margenes.unsam.edu.ar.

Vahabi, M. (2012). "Soft Budget Constraints and Predatory States", *Review of Radical Political Economy*, 44 (4), pp. 468-483

Verdery, K. (2017). *¿Qué era el socialismo y por qué se desplomó?*. México: Fondo de Cultura Económica.

Villanueva, D. (14 de abril 2020). FMI estima desplome de 6.6% en economía mexicana. *La Jornada*. www.lajornada.com.mx

Walzer, M. (1996). *Esferas de justicia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wallerstein, I. (2007). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México: CIIH-UNAM y editorial Siglo XXI.